

## Una respuesta cultural a la decadencia institucional de lo público

Arturo Ortiz Struck

El espacio público es el sitio en donde todos debemos tener un lugar, debe estar caracterizado por la posibilidad de ser habitado por una sociedad diversa, definida y construida sobre la base de sus diferencias.

En el espacio público debe existir interacción social, intercambio de ideas, culturas e identidades; un plano ideal, debe ser el entorno en donde exista la habilidad de una comunidad para ponerse de acuerdo de forma incluyente, mediante construcciones sociales; debe ser el espacio para la participación y la política.

En la ciudad de México, este concepto “espacio público” parece que no existe. En una postura reduccionista, éste ha sido tomado por particulares, instituciones y reglamentos. En el mejor de los casos, está mediatizado por grupos sociales que en el hecho de construir su identidad, han elaborado códigos de uso en sitios comunes. En el peor, se ha institucionalizado



la segregación socioeconómica y racial, mediante entornos construidos que imposibilitan la vida peatonal, así como la atención a la diversidad, además de estar caracterizados por tener sistemas de vigilancia electrónica, presencia de personal de seguridad armado y una marcada diferencia de los estratos sociales.

Más allá de las particularidades y anécdotas de la toma de lo público, existen decisiones políticas de gobiernos y sociedades que han construido identidades con base en aspectos que apuntan hacia la cancelación de las interacciones e intercambios sociales, particularmente a través de las estrategias urbanas, de infraestructura, de seguridad y de vivienda social,



cómo métodos para cancelar la posibilidad pública del espacio, pero más allá, cancelando la dimensión cultural de la ciudad. Algunas de estas identidades que definen a los espacios de la ciudad en la actualidad, son la inseguridad, la necesidad de obtener una casa propia, estar a solo “15 minutos” de la ciudad, la posibilidad social del crédito, pero también, la evolución política a partir de la construcción de infraestructura. Ejemplos contruidos de estas identidades pueden ser vistos en la gran cantidad de comunidades cerradas construidas en todos los estratos sociales, o en las miles de rejas de protección que se ven en toda la ciudad, o bien, en los múltiples conjuntos de viviendas sociales

en las periferias de la ciudad, fraccionamientos comúnmente alejados, segregados y con servicios públicos de baja calidad, cientos de miles de casas que rodean grandes centros comerciales de tiendas departamentales, comúnmente propiedad de Walmart.

Otra identidad de relevancia, es la construcción del imaginario colectivo de la propiedad, de una seguridad para la vida, un lugar donde morir y qué heredar a nuestros hijos a cualquier precio, particularmente a cambio de la posibilidad cultural. O es qué, ¿acaso la cultura hoy, es decir la gente en su propio movimiento, tiene el objetivo de crear una sociedad que se reconozca a si misma en un sistema de segregación social? Dónde el crecimiento personal solamente es medido mediante el cruce de fronteras socioeconómicas, enmarcadas por los sitios de vivienda, los productos de consumo y la calidad de vida; pero principalmente dejando a los individuos fuera del respaldo cultural de la sociedad, con la incapacidad de ellos a crecer en su propia subjetividad.

Los gobiernos de las últimas dos décadas han impulsado la creación y el crecimiento de empresas privadas encargadas de solucionar problemas que le corresponden al estado.

Éstas, si bien han desarrollado y definido el crecimiento, la forma y la estratificación de la ciudad, lo han hecho mediante la creación de negocios en los que las tasas de retorno que obtienen en sus inversiones, son de las más lucrativas a nivel mundial. Las demandas sociales como, la vivienda, la seguridad social, la construcción de infraestructuras, el financiamiento mediante créditos al consumo y en particular a la vivienda; han sido atendidas por estos consorcios corporativos, los cuales tienen fines y objetivos privados. Su lógica eficiente y práctica, resalta que lo primordial es siempre la acumulación del capital, los directivos de estas empresas han puesto a un lado la justicia y la construcción social, utilizando preocupaciones de la comunidad como las mejores herramientas de venta. Los desarrollos son normalmente inmensos, extendidos y encerrados dentro de una barda con dos puertas de acceso, con rejas en cada calle privada, con protecciones y rollos de púas metálicas rodeando a cada conjunto y protegiéndolo del exterior. Construyen un imaginario en el que, dentro del “espacio público” se fundamenta con todo lo indeseable, es el sitio en que se encuentra lo malo, lo peligroso, lo inseguro, define así el fracaso de los otros.

Empresas como casas Geo, conocida por desarrollar cientos de miles de casas anualmente, que obtienen sus financiamientos de bolsas de valores internacionales, fueron durante 6 años consecutivos premio nacional de vivienda y en sus proyectos obtienen al menos un 40% de utilidad, es un ejemplo de estas empresas a las que me refiero, que por otra parte hacen desarrollos de vivienda en donde la segregación es la regla, en los que el espacio público es concebido sólo como espacio para la circulación, y de preferencia en coche; desarrollos en que se privilegia a los espacios privados, y que logran vender viviendas con créditos muy cuestionables, enganchando a las familias en esquemas en los que tienen que



pagar un 6% mensual sobre el monto del crédito recibido los siguientes 20 años.

Constructores de vivienda, de infraestructura, sistemas financieros, bancos, empresas de seguridad e instituciones gubernamentales, en conjunto han logrado lo que podríamos definir como “la anticuidad”. Más allá de un juicio sobre la práctica del desarrollo urbano, de vivienda, de seguridad e infraestructura, o incluso, más allá de una postura crítica ante las empresas que están haciendo la ciudad, estos desarrollos son ejemplos de una práctica institucional que define las formas culturales de cientos de miles de personas. Parece ser que la política está definida por un intento institucionalizado de cancelar a la interacción social, de detener todo aquello que parezca democracia social.

El método es simple: cancelar espacios públicos.

Ante estas circunstancias, potenciar el uso de la ciudad en su dimensión cultural es una forma de construir raíces y dar contenido simbólico a la sociedad que la habita. Lo relevante es entender la dimensión social de lo público, en la que debe ser posible imaginar un espacio caracterizado por la diversidad, el intercambio de identidades y la construcción cultural de una política social democrática.